

Para una corropolítica del exceso: una lectura transtextual entre las *Memorias* y *El mundo alucinante, una novela de aventuras*[°]

Toward a Corpopolitics of Excess: A transtextual reading of *Memorias* and *El mundo alucinante, una novela de aventuras*

Catalina Sverlij Escámez*



82-95

Resumen

El presente ejercicio presenta una problematización de la relación existente entre cuerpo y política legible a partir de los vínculos transtextuales que mantienen las *Memorias* de Servando Teresa de Mier (1876) y la reescritura de Reinaldo Arenas, *El mundo alucinante, una novela de aventuras* (1969). Para ello, se examinan las distintas figuraciones que signan la corporalidad política del fraile devenido personaje en términos de un “exceso”, bajo la perspectiva que arroja su trayectoria.

Abstract

This paper presents a problematization of the relationship between body and politics, as discernible through the transtextual connections between *Memorias* de Servando Teresa de Mier (1856) and Reinaldo Arenas’ reimagining in *El mundo alucinante* (1965). It examines the various figurations that define the political corporeality of the turned-character friar, understood in terms of “excess”, from the perspective offered by his trajectory.

[°] <https://doi.org/10.52292/csl5520255432>

* Universidad de Buenos Aires, Argentina. ORCID: <https://orcid.org/0009-0006-4238-8818>. Correo electrónico: catalinasverlij@gmail.com.

Palabras clave

cuerpo
política
"exceso"

Keywords

body
politics
"excess"

Fecha de recepción

28 de noviembre de 2024

Aceptado para su publicación

28 de mayo de 2025

El 12 de diciembre de 1794, en el santuario de Nuestra Señora de Guadalupe en la Nueva España, el fraile de la Orden de Predicadores, Servando Teresa de Mier, pronunció su sermón frente a las autoridades eclesiásticas y administrativas del virreinato. En él, afirmó que, antes de la llegada de los conquistadores, Santo Tomás había estado en suelo americano y, más aún, en su manto había aparecido la imagen de la virgen de Guadalupe, y que, por tanto, los españoles habían asesinado a nativos que habían sido cristianizados, pero que habían olvidado y distorsionado la religión con el paso del tiempo.

Sus *Memorias* (2016) se erigen como testimonio del destierro al cual fue condenado tras haber pronunciado el polémico sermón. Esta escena del archivo colonial que obligó al guadalupano a abandonar suelo americano por veintiocho años —en una constante oscilación entre fuga y encierro— es recuperada a partir de un ejercicio contemporáneo de lectura por Reinaldo Arenas, quien publica su segunda novela, *El mundo alucinante, una novela de aventuras* (2008), desde la clandestinidad. En esta obra, el escritor cubano emprende un doble juego de restitución e invención, obligando a Servando Teresa de Mier a repetir, desde el espacio ficticio, aquel peregrinaje forzoso que signó su trayectoria.

Como señala Edmundo O’Gorman, por ese “desenfrenado deseo de originalidad que lo consumía” (1998: 10), la vida de Mier y, sobre todo, la “parte pintoresca de su biografía” (O’Gorman, 1998: 9) ha ocupado un lugar central para la crítica y la literatura, en desmedro de los anhelos emancipatorios “tan sinceros como alucinantes” (O’Gorman, 1998: 11) que la obra memorialista pone en movimiento. No obstante, fue Mier “el primero en insistir hasta el cansancio en ese aspecto de su vida, dejándose arrastrar por esa manía exhibitoria” (O’Gorman, 1998: 9).

Esa personalidad desbordante y presa de exhibicionismo aparece también cifrada en *Retratos reales e imaginarios* (1920), donde Alfonso Reyes sostiene que Mier “parece haber sufrido las persecuciones casi con alegría” (Reyes, 1920: 90). Como el título adelanta, Reyes cruza las trayectorias de individuos que supieron hacer “vacilar los destinos” (Reyes, 1920: 198) con la elaboración conjetural, reveladora de cómo estas corporalidades han perdurado en imaginarios colectivos como el patrio: “Fray Servando perdura sobre todo en el recuerdo de sus compatriotas por esa ráfaga de fantasía que anima toda su existencia” (Reyes, 1920: 90). El vuelo imaginativo que el regiomontano aventura en la escritura opera como precedente para Arenas, cuya obra expande la especulación sobre la vida de Mier, como queda de manifiesto en el prólogo: “Esta es la vida de Fray Servando Teresa de Mier. Tal como fue, tal como pudo haber sido, tal como a mí me hubiera gustado que hubiera sido” (Arenas, 2008: 81).

Ese “libre juego de la imaginación” (Volek, 1985: 130) se defiende desde el prólogo que inaugura la ficción memorialista y, por ello, parte de la crítica circula en

torno a las estrategias narrativas de las cuales se sirve Arenas para volver a traer a Mier al presente de su escritura. Emil Volek trabaja la novela “bajo el signo de la transmutación” (Volek, 1985: 130) por operaciones como la multiplicación de capítulos y el movimiento alternado de voces narrativas (Volek, 1985) que permiten cubrir ficcionalmente escenas como la infancia y la vejez del fraile.

Volek destaca también la presencia alegórica en la novela a partir de guiños alusivos al contexto de la revolución cubana. Según el autor, esta referencialidad proyectada a través de la alegoría deja ver la intención solapada por establecer una correspondencia entre la denuncia eclesiástica que encarna Mier y las autoridades que encabezan la revolución de la cual Arenas es testigo crítico. La falta de coherencia que la novela evidencia entre la prédica y la práctica alude, bajo esta lectura, a la “corrupción del régimen” (Volek, 1985: 141), enmascarada bajo la crítica a la Iglesia ya presente en el hipotexto (Genette, 1989) que constituyen las *Memorias*.

Mediante la restitución del destierro de Mier se alza el “alegato autobiográfico” (Vázquez, 2006: 194) de Arenas, en cuanto actualiza las alternativas de resistencia que surgen desde el cuerpo político que relee, un siglo después, en su propuesta estética de mediados del siglo XX. Siguiendo a Eduardo San José Vázquez (2006), el destierro que asegura la sobrevivencia de la corporalidad americana en Mier halla su resonancia en Arenas, quien publica *El mundo alucinante* para el extranjero, auxiliado por una red de intelectualidad caribeña¹.

Si bien la crítica a la novela de Arenas ha dado cuenta de la relación que ata al fraile con la trayectoria del escritor cubano, es llamativa la omisión en torno a los vínculos transtextuales (Genette, 1989) que estas obras mantienen y que implican una “operación transformadora” (Genette, 1989: 15) del hipertexto, *El mundo alucinante*. La novela no solo se inscribe en la tradición del género novelesco, sino que además recoge y subvierte el recurso de la memoria escogido por Servando para acusar su lugar en la historia de las corporalidades americanas a finales del siglo XVIII y los albores del XIX.

Siguiendo a Julia Kristeva, la palabra novelesca en Arenas “se lee, al menos, como doble” (Kristeva, 2001: 190), puesto que permite leer la figuración de un perso-

¹ El paratexto que acusa la filiación entre Arenas y las redes caribeñas remite a la mención de Camila Henríquez Ureña y Virgilio Piñera en la dedicatoria de la novela. Esto se lee como una forma de agradecimiento con quienes defendieron su obra frente a la autoridad revolucionaria, en calidad de miembros del jurado del concurso literario Cirilio Villaverde. Además, la dedicatoria esboza la correspondencia vital entre el cubano y el fraile: Servando escapa de la reclusión gracias a su capacidad de moverse y establecer nexos, y Arenas logra rescatar su obra de la censura gracias a figuras de la intelectualidad caribeña.

naje de la protoemancipación americana desde la mirada contemporánea de un escritor que habita problemáticamente su presente. Y de esa relación que se gesta entre una textualidad y otra, es decir, en el cruce de palabras que las *Memorias* y *El mundo alucinante* establecen, emerge una corporalidad política del fraile en su dimensión de personaje.

Para una lectura de la corpopolítica, recurro a la filósofa chilena Alejandra Castillo (2018), quien trabaja la categoría de “exceso”, productiva para pensar las distintas figuraciones que signan la trayectoria de Mier. Si se trata de evaluar la potencialidad crítica del cuerpo frente al destierro, los aportes de Mabel Moraña (2021) resultan claves, puesto que aborda la relación transformadora que este establece con el espacio. Por último, Michel Foucault (2010) desarrolla una noción de cuerpo utópico que ofrece luces sobre la capacidad imaginativa del fraile en su dimensión de personaje, en cuanto proyecta “utopías selladas en el cuerpo” (Foucault, 2010: 15).

De allí que mi pretensión sea analizar cómo opera la lógica lectora y escritural que Arenas realiza, en clave de corpopolítica, respecto de la obra del letrado de la protoemancipación, a más de un siglo de distancia de su publicación. Cuerpo religioso, cuerpo racializado por origen, cuerpo geográfico, cuerpo de la palabra, cuerpo archivado, cuerpo en fuga, cuerpo enmascarado, cuerpo utópico, cuerpo de la escritura. Todas esas figuraciones corporales se ofrecen como lectura posible, en un evidente vínculo transtextual (Genette, 1989) entre las *Memorias* y *El mundo alucinante*.

Siguiendo a Alejandra Castillo (2018), leemos el cuerpo como “una superficie que se representa solo en la multiplicidad de sus extensiones. Y, sin embargo, y a pesar del exceso, la palabra ‘cuerpo’ se esfuerza en señalar un cuerpo” (2018: 114). Tanto en la obra de Mier como en la ficción de Arenas se despliegan múltiples imágenes y figuraciones de un personaje que se resiste, constantemente, a ser aprisionado y reducido en la insistencia de una procurada individualidad que —vale decir— nunca es tal. Es, precisamente, en ese exceso de imágenes que va acumulando conforme avanza su periplo donde reside el trazo de una corporalidad política que leemos al ingresar a tales obras.

Una lectura de corte corpopolítico implica asumir que el reclamo de justicia se erige desde el lugar corporeizado. Servando nos hace creer que sus *Memorias* constituyen la reacción de un presente injusto en el que se le priva de libertad. Ahora bien, en Arenas el gesto se lee —al menos— en una doble dirección, puesto que busca no solo restituir la memoria de un fraile muerto hace ya más de cien años, sino también embarcarse en un ejercicio de reescritura imaginativo de las quimeras que podría haber albergado el espíritu de un individuo como Servando.

De allí que una lectura transtextual entre las obras posibilita el acceso a la experiencia de un sujeto que, aun siendo perseguido, exiliado y reducido al encierro, defiende una existencia americana del “exceso”. Para comprender, entonces, el gesto subversivo que implica su existencia corporal, es preciso convocar las diferentes figuraciones que conviven, en permanente disputa, en el cuerpo de este personaje.

En primer lugar, la subjetividad ficcional del fraile que se despliega tanto en la obra memorialista como en la novela del escritor cubano se encuentra signada por la corropolítica religiosa, ya que Servando es, ante todo, un hombre de fe inquebrantable. Su cuerpo está, por ende, supeditado a otro mayor que corresponde a la institución de la Iglesia, lo cual lo posiciona como figura de autoridad letrada para el mundo que habita. Mier es dueño de varios poderes (Rama, 2004) a partir del uso elocuente de la lengua y el conocimiento erudito que lo legitima como un cuerpo que se permite hablar y hasta criticar cómo operan las esferas de poder eclesiástico en la América colonial y en la Europa que conoce en el exilio. Así, la potencia de su cuerpo religioso se revela en la medida en que hace de su condición un poder.

El fraile marca su diferencia con respecto a ese cuerpo eclesiástico y desafía, a partir del sermón, el relato oficial cristiano que justifica la conquista en América. No obstante, la ficción de Arenas comprueba que Servando, en su dimensión de personaje, va más lejos en sus planteamientos críticos de la Iglesia y no hesita en señalar, constantemente, la corrupción de las grandes esferas de poder eclesiástico que observa en su tránsito por Europa, lo cual produce un desplazamiento de la mirada de este cuerpo religioso que se torna crítico, como se lee en: “las iglesias son en España lo que bien puede llamarse un prostíbulo en América” (Arenas, 2008: 163).

Aun si en las *Memorias* la diferencia con el cuerpo eclesiástico no es tan radical, Mier va desarrollando una mirada desafiante conforme experimenta la persecución, lo que le supone una posición ambigua dentro del cuerpo mayor de la Iglesia, cuyos miembros no dudan en mirar su corporalidad como amenaza, como “exceso”: “veníamos de América, habíamos sido desterrados y procedíamos de las cárceles más bárbaras” (Mier, 2016: 208), dice Servando respecto de la condena de sus perseguidores.

Se torna evidente que este fraile no tiene la cabeza, como él declara, llena “de Teología” (Mier, 2016: 47), y esto habilita una suerte de secularización de la experiencia, ya que si bien se presenta como hombre del clero, narra sus peripecias como un hombre de mundo, afectado y transformado por él. El viaje reconfigura su existencia religiosa y posibilita la lectura de un cuerpo que es excedido por el cuerpo del subversivo, que aparece ante la ausencia de justicia y libertad que

enfrenta América, patria que lo fuerza, como sostiene en sus *Memorias*, a que su canto sea “el de los gemidos” (Mier, 2016: 17).

En segundo lugar, el origen de Servando aparece cifrado como su verdadero crimen: “mi crimen es ser americano” (Arenas, 2008: 233), expresa la ficción de Arenas. Este cuerpo racializado por origen forma parte del cuerpo social criollo², grupo que aboga por sus propios intereses como supuestos gobernantes naturales de la América. En el periodo tardocolonial, los criollos se instalan como sector crítico de un sistema jerárquico que no los considera en cuanto corporalidades políticas con distintas alternativas de respuesta frente al orden de poder peninsular. Así, este cuerpo posee una representatividad social, en la medida en que carga consigo el anhelo colectivo de quienes imaginan la patria que aún no existe.

La dimensión política de esta figuración que vertebra la escritura de las *Memorias* y *El mundo alucinante* resulta evidente, pues, en cuanto cuerpo criollo, la existencia del fraile supone una resistencia al poder colonial que gobierna despóticamente la tierra que se ve obligado a abandonar: “El negocio es perseguir al criollo” (Mier, 2016: 163). El destierro traza una conversión que refuerza su sentido de pertenencia a un grupo que busca imponerse como voz crítica del tutelaje español persistente en América.

Resulta paradójico que esta misma adscripción al cuerpo social criollo constituya su marca individualizante en la obra de Mier y en la reescritura de Arenas. Servando se reconoce como el individuo americano que sufre las consecuencias de vociferar ideas contrarias al poder. Desde su individualidad, se permite desarticular los estereotipos que recaen sobre las corporalidades americanas, las cuales, como revela la palabra novelesca, se sustentan en el lugar de origen: “nos miran como inferiores, nada más que por haber nacido en esta tierra” (Arenas, 2008: 111).

En tercer lugar, reside en el letrado guadalupano la imagen de una corporalidad geográfica, en la medida en que, al desplazarse por lugares que se ven transformados por su presencia, estos se ven cargados de significaciones que revelan, en palabras de Mabel Moraña, “posicionamientos” (Moraña, 2021: 51). Esta concepción permite leer, a través de su cuerpo, la construcción de un mapa del mundo occidental atravesado por su mirada antihispanista. Servando se devora Occidente, lo traduce en su experiencia corporal signada por el exilio y, siguiendo a Moraña, dota al continente europeo de sentidos que existen en la medida que su cuerpo

² La categoría “criollo/ criollismo” aparece como entrada en el *Diccionario de términos críticos de la literatura y la cultura en América Latina* (2021) de Mariana Rosetti, quien traza un recorrido conceptual del término, además de asentar la idea de que este opera más como fundamento social que como uno estrictamente biológico.

recorre zonas y conoce costumbres de gente que —a su juicio— se encuentra corroída por la ignorancia.

La lectura transtextual entre ambas obras arroja, sobre los españoles, descripciones cargadas por el desprecio que el padre regiomontano siente hacia una corrupción que dice que ha invadido a la sociedad entera, en una suerte de imitación de los vicios de sus autoridades, como es manifiesto en este fragmento de la novela: “En España están corrompidos hasta los recién nacidos (...) Pero, el mal viene de arriba.” (Arenas, 2008: 162).

En las *Memorias*, el espacio europeo se construye como un lugar de negativos, en un aparente esfuerzo por descomponer aquella imagen denigradora que los eruditos europeos habían construido respecto de los cuerpos americanos (Folger, 2010), proyectando así esta supuesta inferioridad en los cuerpos de los colonizadores. El fraile prueba que no solo puede usurpar el lenguaje propio de los colonizadores para producir conocimiento sobre el mundo europeo que transita, sino que además logra subvertir lo que se ha establecido, desde el centro de poder, sobre la cultura y las corporalidades americanas. A partir de la corporalidad geográfica de Mier, se erige la construcción de una idea de territorialidad americana que este gesta desde su extranjería en Europa, posición geográfica que le permite acusar un proceder europeo que, según Mariana Rosetti, se configura como “‘mal lector’ del cuerpo-obra americano” (Rosetti, 2012: 38).

En cuarto lugar, se despliega la figuración de un cuerpo archivado, un cuerpo sometido a la soledad del espacio carcelario que ejerce sus marcas físicas y, sobre todo, psicológicas en Mier. En ambas obras, la prisión es el lugar más significativo de la experiencia vital del fraile, en cuanto el aislamiento y la reclusión fuerzan su cuerpo a buscar mecanismos que le permitan seguir con vida. Si bien es al cuerpo al que se reduce y se constriñe a un espacio cerrado, se busca herir en el sujeto aprisionado “algo que no es el cuerpo mismo” (Foucault, 2002: 13).

En su dimensión de personaje en la novela de Arenas, la privación de la libertad física del letrado trae consigo una necesidad de escribir que acarrea reflexiones políticas sobre su propia individualidad y sobre el futuro y destino de su patria. Es ese ambiente hostil y solitario de la cárcel que lo inclina y estimula hacia una búsqueda del despliegue de sus ideas en el único plano que le permite un atisbo de libertad: la escritura. El cuerpo archivado de la ficción novelesca contiene, a su vez, la figuración de otro cuerpo, el de la palabra, el cual, modificado por la experiencia carcelaria, engendra —al decir del personaje— “la revolución” (Arenas, 2008: 282). Aparece así la siguiente relación entre cuerpo archivado y cuerpo de la palabra: entre más lo reducen físicamente, “más poderosas y fuertes se vuelven las ideas” (Arenas, 2008: 229).

Asimismo, la propia obra escrita por Mier es prueba fehaciente de una necesidad de escritura que se manifiesta tras sus años de reclusión. Las *Memorias* son, en efecto, una suerte de lucha contra el olvido, una prueba material de esos años en que, en palabras del letrado, tuvo que ser “archivado en las Caldas, como un códice extraviado” (Mier, 2016: 13). No obstante, parece ser que en el caso de la escritura de Mier, todo castigo —el hambre, el despojo de su título, la precariedad— es soportado en nombre de esa libertad que, constantemente, intenta recuperar desde su escritura. Ese es el segundo recorrido de Mier, ya apuntado por Rosetti: el de “transformar su cuerpo en obra literaria” (2012: 39). De allí que el cuerpo de la palabra termine por imponerse, excediendo al cuerpo archivado y negándole la posibilidad de definir y reducir la experiencia vital del fraile.

Sin embargo, Arenas propone, desde su invención, una relectura que tensiona esa relación entre el cuerpo archivado del personaje y su libertad. El encuentro forzoso de Servando con las prisiones marca, en efecto, una sensación de opresión de la cual no podrá despojarse ni siquiera tras su liberación física. El malestar del encierro es tal que lo acompaña fuera de las rejas y lo sigue en su llegada al Palacio Presidencial cuando retorna a México, comprobando que el espacio carcelario ha trastocado su visión de realidad e impedido un anhelo de libertad capaz de movilizar su cuerpo a soportar una vida de destierro y dolor.

Arenas completa, en su reescritura, el tránsito del exilio hasta el retorno a la patria; sin embargo, anuncia que el fraile pasa de un espacio carcelario a un estado carcelario, lo que nos permite leer en clave problemática su propia libertad y la que anhelaba para suelo americano. Mier muere en la tierra en la que nació, mas no en la que imaginó y proyectó en las quimeras desplegadas en el relato. En consecuencia, se nos arroja una estrecha relación entre su cuerpo y su patria: si su cuerpo no es libre, México, en sentido amplio, tampoco lo es. La república de México como una cárcel que oprime al cuerpo excesivo (y excedido) del fraile.

En quinto lugar, es exhibida la figuración de un cuerpo en permanente fuga que se las ingenia para escapar de las cárceles que buscan reducir la vida del criollo a la incomunicación. En ambas obras, se presenta la imagen de una cárcel franqueable y, por ende, las fugas de Servando se manifiestan como parte de un juego en el cual depende —o eso nos hace creer— meramente de su astucia y de sus técnicas de enmascaramiento para escapar, aun si su retorno al encierro fuera, inevitablemente, la única salida posible de aquel juego.

En las *Memorias*, la fuga es la respuesta al aprisionamiento de su cuerpo, y esta es justificada constantemente en su escritura. En este sentido, su cuerpo es leído como una posibilidad, en cuanto escapar le permite establecer relaciones intelectuales con individuos de la importancia de Simón Rodríguez. No obstante, esta corporalidad expuesta en las *Memorias* también constituye una limitante, ya

que si bien camuflajes como el de “clérigo francés emigrado” (Mier, 2016: 42) le permiten franquear el sistema de vigilancia carcelario, Servando es siempre identificado y reapresado.

La ficción de Arenas va más lejos en su exposición del cuerpo en fuga del fraile, lo que habilita un cuestionamiento de la finalidad que poseen estas constantes evasiones a su encierro. La novela apunta a reconsiderar la huida como mera prueba de la pulsión de libertad del personaje, haciendo que nos interroguemos sobre si realmente el religioso puede o no ser libre en una dinámica de la cual está preso. El cuerpo en fuga está condenado a la imagen del laberinto (Abello, 2001). Sin embargo, lejos de abandonar esta inclinación, esta propensión a la fuga, en el umbral de su muerte, una voz en tercera persona anuncia que “el fraile, mientras duerme, está soñando con nuevas huidas” (Arenas, 2008: 315), lo cual revela la obstinación y la insistencia de un cuerpo que no se resigna a permanecer cautivo de esta lógica de encierro que signa su vida.

En sexto lugar, ambas obras despliegan lo que Michel Foucault refiere como “utopías selladas en el cuerpo” (Foucault, 2010: 16), proyectando desde ese lugar corporeizado la patria del porvenir que aún está por construirse. En la puesta poético-política de Arenas, el cuerpo del personaje se condice con el cuerpo utópico del cual nos habla el autor, en la medida en que está, la mayor parte del tiempo, “en otra parte” (Arenas, 2008: 16) distinta a las prisiones. Mier se cobija en su imaginación y piensa en su tierra mexicana, la cual no lo abandona, en cuanto constituye el sitio que le provee de las esperanzas necesarias para soportar las penurias impuestas por el destierro. Sin embargo, este lugar es referido en términos utópicos, puesto que su cuerpo no viaja imaginariamente a la Nueva España que persiste en manos peninsulares, sino que viaja de forma proyectiva a la América liberada de toda opresión que recae sobre ella: “pienso en América como en algo demasiado querido como para que sea verdadero. Y algunas veces me pregunto si será que existe” (Arenas, 2008: 118).

Mas, como toda utopía, está también condenada, en la invención de Arenas, a la irrealización. Con la esperanza del triunfo independentista tras su retorno a México, el fraile vuelve a caer preso, lo cual indica “que México aún no es libre” (Arenas, 2008: 282). Entonces, solo en su cuerpo podrá vivir y respirar la imagen de ese lugar liberado, puesto que el personaje percibe que las repúblicas no son el sueño que anhelaba, sino otra cárcel más grande y sofisticada, la de los Estados nación, la única de la cual no sabe cómo escapar. La imposibilidad de la fuga es, en este caso, inminente, ya que no solo significaría escapar de un espacio, sino también de una coordenada histórica: los tiempos de la modernidad.

En séptimo y último lugar, se torna necesario referir al cuerpo de la palabra, al cuerpo de la escritura que funciona y opera como espacio común entre la obra de

Mier y la ficción de Arenas. Todas las figuraciones del fraile tienden a la escritura, espacio en el cual la palabra de la protoemancipación se concreta, pero Servando constituye una corporalidad que no solo interesa por lo que dice, sino por todo lo que se permite hacer mientras lo dice. Recordemos que en sus *Memorias* el padre Mier prueba que, lejos de verse reducido por las prisiones, usa su palabra como autoridad letrada para torcer el dogma de las instituciones que amparan ese discurso eclesiástico-colonial que busca, con todas sus fuerzas, aprisionar su cuerpo parlante. Su cuerpo de la escritura se expande a partir de sus movimientos de fuga, en los que conoce, a su propio decir, “algunos sabios americanos y españoles” (Mier, 2016: 97) que extreman el germen protoemancipatorio que inicia con el sermón proferido en Nueva España en 1794.

El personaje habla más allá de su palabra y, de hecho, su capacidad para moverse y hacerse su lugar entre las disputas de grandes ideólogos americanos y entre maquinaciones de refugiados prueba que Servando transforma su destierro en posibilidades de habla. Dichas posibilidades disparan contra las lógicas de dominio que experimenta en su recorrido por el mundo europeo y marcan el retorno a suelo americano reconstruido por Arenas.

La distancia temporal y sociohistórica que separa el contexto de producción de ambas obras conduce a Arenas a expandir el periplo hasta el deceso del personaje, completando así la imagen de un mundo occidental decadente atravesado por el cuerpo parlante de Mier. Mientras que en las *Memorias* es un cuerpo que habla y narra en primera persona el calvario que va desde el primer aprisionamiento en Las Caldas hasta el escape a Portugal, en *El mundo alucinante* es un cuerpo hablado y convocado desde la primera, la segunda y la tercera persona. La novela del escritor cubano de mediados del siglo XX revela un deseo de trastocar esa narrativa de línea recta que subyace al calvario de las *Memorias*, además de sugerir la desconfianza de la voz única como legítima para contar una historia tan enrevesada como delirante. El propio fraile revela haber sido acusado de acercarse peligrosamente a la ficción: “Mi historia le pareció una novela, y seguramente fingida” (Mier, 2016: 142), lo cual habilita el ejercicio moderno de ficcionalización de sus vivencias.

No obstante, en ese retorno que Arenas traza para el personaje leemos la figuración de una corporalidad vacilante en su discurso libertario tras verse nuevamente preso de un sistema político que no era lo que esperaba: “[y] esto es la verdadera libertad”, dijo ahora el fraile alzando aún más la voz. ¿Servir a esta chusma brutal que todo lo reduce a esquemas?” (Arenas, 2008: 302). La escena de un Mier envejecido y fatigado, imaginada por Arenas, se configura como una zona de tensión en la que el fraile pone en duda la palabra revolucionaria que sostuvo su vida y sus andanzas, preguntándose si valió la pena soportar tanto padecimiento para labrarse semejante destino para su patria.

Así, el nuevo sentido corpopolítico que el fraile adquiere en la novela moviliza la imagen fatalista respecto de cómo se construye y se cimenta la nación. Esto da cuenta de la lectura crítica que Arenas realiza de una revolución que ya exhibe sus grietas y desde la cual se erige su escritura. El cuestionamiento a la presunta libertad del personaje debe entenderse en una doble dirección: como propio de un letrado de la protoemancipación del siglo XIX, y como parte de un desdoblamiento de Arenas en su condición de escritor perseguido por el régimen en pleno siglo XX.

Es así como Mier logra insertarse en la historia de las corporalidades políticas americanas a partir de sus *Memorias*. Tal es el gesto que Arenas regresa al siglo XIX para leer el “exceso” de un cuerpo que resulta problemático para el mundo decrépito que Servando debe transitar, ahora en su calidad de personaje, en la novela. “Exceso” que se hace cuerpo en estas figuraciones que he desarrollado, y cuyos límites de existencia son difusos, puesto que no sabemos hasta qué punto logran convivir en un mismo sujeto.

Así, nos preguntamos, por ejemplo, ¿qué sucede cuando el cuerpo religioso se torna desafiante?, ¿qué lleva a un cuerpo enmascarado a ser reconocido? o ¿es posible que un cuerpo archivado piense y hable de libertad? Interrogantes que, sin duda, obligan a pensar en que la única posibilidad para que estas figuraciones existan en la misma subjetividad ficticia es que lo hagan en permanente disputa y diálogo. Por un lado, la disputa de cada una por encontrar espacio para emerger y estallar y, por otro lado, el diálogo obligado que deben estrechar entre ellas, debido a su necesidad mutua de existencia: sin cuerpo racializado por origen no se convoca un cuerpo utópico; sin un cuerpo archivado no existe corpopolítica de la fuga y sin esta última no aparece en escena ni el cuerpo geográfico ni el enmascarado. Queda entonces de manifiesto que todos estos cuerpos se encuentran insertos en uno mayor, el de la escritura, lienzo en el que Arenas envuelve la potencia de un cuerpo que, a partir de la narración del destierro, se desgarran en el papel.

El personaje que constituye el padre Mier es, bajo estas coordenadas, el estandarte de un cuerpo “exceso” que se expande con cada salida fantasiosa que Arenas elabora a partir de las *Memorias* que recoge y que revitaliza, mediante un doble gesto de restitución e invención en su calidad de intelectual. Labor que no solo revela la correspondencia autoral y vital de Arenas con el propio Mier, sino también una mirada crítica y contemporánea no exenta de la decepción propia de las formas de crisis que engendran los sistemas de gobierno modernos experimentados por el autor y que se infiltran en su ejercicio novelesco.

Bibliografía

Fuentes

Arenas, Reinaldo (2008), *El mundo alucinante, una novela de aventuras*, Madrid, Ediciones Cátedra, [1969].

Mier, Servando Teresa de (2016), *Memorias*, Ciudad de México, Secretaría de Cultura- Dirección General de Publicaciones, [1876].

Bibliografía referida

Abello, Carolina (2001), “Desolación, carnaval y resistencia: la presencia neobarroca en *El mundo alucinante* de Reinaldo Arenas”, *Cuadernos de Literatura*, vol. 7, nº 13-14, pp. 178-185.

Castillo, Alejandra (2018), *Ars disyecta. Figuras para una corpo-política*, Santiago de Chile, Editorial Palinodia.

Folger, Robert (2010), “‘Mi historia...una novela, y seguramente fingida’: estereotipos (post)coloniales y alegoría nacional en las *Memorias* de Fray Servando”, *Bibliotheca Ibero-Americana*, vol. 132, pp. 21-44.

Foucault, Michel (2002), *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, Buenos Aires, Siglo veintiuno Editores Argentina, [1975].

----- (2010), *El cuerpo utópico. Heterotopías*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión.

Genette, Gérard (1989), *Palimpsestos: la literatura en segundo grado*, Madrid, Taurus.

Kristeva, Julia (2001), *Semiótica I*, Madrid, Editorial Fundamentos.

Moraña, Mabel (2021), *Pensar el cuerpo: Historia, materialidad y símbolo*, Barcelona, Herder Editorial.

O’Gorman, Edmundo (1998), “Prólogo”, en Mier, Servando Teresa de, *Ideario Político*, Ciudad de México, Biblioteca Ayacucho, pp. 9-34.

Rama, Ángel (2004), *La ciudad letrada*, Santiago de Chile, Tajamar Editores, [1984].

Reyes, Alfonso (1920), *Retratos reales e imaginarios*, Ciudad de México, Librería de Fernando Fé.

Rosetti, Mariana (2012), "Las *Memorias* de Fray Servando Teresa de Mier: el lazarillo viajero y su recorrido picaresco y descentrado por Europa", *Armas y Letras. Boletín de la Universidad de Nuevo León*, n° 78, pp. 36-40.

----- (2021), "Criollo/criollismo", en Colombi, Beatriz (coord.), *Diccionario de términos críticos de la literatura y la cultura en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO, pp. 139-147.

Vázquez, Eduardo San José (2006), "Utopía y progreso en *El mundo alucinante*, de Reinaldo Arenas: Fray Servando y el tiempo histórico", *América sin Nombre*, n° 9-10, pp. 190-200.

Volek, Emil (1985), "La carnavalización y la alegoría en *El mundo alucinante*, de Reinaldo Arenas", *Revista Iberoamericana*, vol. 51, n° 130-131, pp. 125-148.

© 2025 por los autores; licencia otorgada a la revista Cuadernos del Sur Letras. Este artículo es de acceso abierto y distribuido bajo los términos y condiciones de una licencia Atribución-No Comercial-Compartir Igual 4.0 (CC BY-NC-SA 4.0) de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>.